

STEINMANN, JÉAN: *Ainsi parlait Qohélet* (Témoins de Dieu, 15). Paris. Les éditions du cerf, 1955. 120 × 185 mm., 136 págs.

El libro de Qohélet es, sin duda, el más desconcertante de la Biblia. Su visible repudio de muchas cosas tradicionales, su aparente hedonismo y su visión del mundo y del hombre sin horizonte ultratemporal plantean un serio problema sobre la ortodoxia filosófica y moral del instrumento humano que el Espíritu Santo empleó para su composición. Aun sin eso, las mismas contradicciones internas del autor desorientan al lector y al exegeta.

Steinmann nos da en este pequeño libro su interpretación personal de Qohélet, que coincide en muchos puntos con la de Gordis. Qohélet, según Steinmann, estaría en la línea de Montaigne, Rochefoucauld, La Fontaine, La Bruyère, Vauvenarges y Joubet, moralistas deliciosos y desconcertantes, muy dados a las paradojas y en los que resulta difícilmente asequible la intención de sus bromas. Tal vez Steinmann, llevado de su gran simpatía con el protagonista, exagera a veces las contradicciones de Qohélet, sin aludir apenas a lo largo de su exposición a la clásica teoría de las dos voces o a la moderna clasificación del Ecclesiastés en el género de la diatriba, que de modo general parece admitir en estas palabras: "Los aparentes ilogismos de su obra, tanto como de su humor, provienen de la dialéctica de sus contrarios que ha llevado hasta el fin con una osadía sin precedentes" (pág. 134). Con ello, Steinmann nos resulta casi tan desconcertante como su héroe. A veces presenta a Qohélet en abierta oposición con el Deuteronomio (página 87), con los elogios a la sabiduría (pág. 56) o con los profetas (páginas 48, 65,66); cree que niega abiertamente la resurrección de la carne (pág. 67) y la retribución en el más allá (pág. 94); considera negación refleja de Qohélet la famosa pregunta del capítulo 3, versículo 21: "¿Quién sabe si el hálito del hombre sube arriba y el de la bestia baja abajo a la tierra?"; si al fin del libro el mismo Qohélet afirma que "retorna a Dios el espíritu que él le dió" (12, 7), sostiene Steinmann que el autor se refiere a la pervivencia umbrátil e impersonal en el Sheol (pág. 116).

Naturalmente, esta postura compromete la inerrancia del Ecclesiastés, ya que no se trata de ignorar, sino de negar expresamente la existencia personal del hombre más allá de la muerte. Steinmann ni se plantea el problema ni intenta resolverlo. Parece pensar en una evolución tal de la revelación a través del Antiguo Testamento que admita en ella momentos de crítica negativa o incluso destructiva. Tal vez se adhiera más o menos conscientemente a la hipótesis de una inerrancia resultante del conjunto de los libros inspirados. Si Dios puede inspirar—piensan algunos—un diálogo en el que dos interlocutores discutan sobre un tema de manera que uno de ellos sostenga y haga triunfar la tesis verdadera, sin que las afirmaciones contradictorias del otro comprometan la inerrancia, ¿por qué no concebir el conjunto de los libros inspirados como una búsqueda dialéctica de la verdad, que al

fin aflore, aunque alguno de los libros intermedios represente la postura puramente negativa del interlocutor contradicente? Quizá así, y sólo así, pudiera resolverse el problema que a la inerrancia plantea la interpretación de Qohelet dada por Steinmann.

Sin embargo, no creemos que dicha interpretación sea exacta. Más que la negación del más allá nos parece que las palabras de Qohelet manifiestan descarnadamente su ignorancia sobre la naturaleza de la pervivencia en el Sheol. Preferimos—and no sólo por razones apologeticas—la interpretación de los que, como el P. Serafin de Ausejo, O. F. M. Cap. (1), catalogan el *Ecclesiastés* en el género literario de la diatriba. *Ecclesiastés*, 3, 16, presentaría la dificultad que a la justicia divina ofrece la flagrante injusticia que se observa en el mundo: “Otra cosa he visto debajo del sol: que en el puesto de la justicia está la injusticia, y en el lugar del derecho la iniquidad.” La respuesta de Qohelet es una afirmación de fe en la justicia de Dios: “Por eso me dije: Dios juzgará al justo y al injusto, porque hay un tiempo destinado para todo y para toda obra” (v. 17). Contra esta fe en la retribución divina—que no se da en este suelo—surge una nueva dificultad: Todo parece indicar que no se puede esperar retribución más allá de la muerte. pues los hombres, como los animales, terminan cuando se mueren: “Díjeme también acerca del hombre: Dios quiere hacerles ver y conocer que de sí son como las bestias, porque una misma es la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de las bestias, y la muerte del uno es la muerte de las otras, y no hay más que un hálito para todos, y no tiene el hombre ventaja sobre la bestia, pues todo es vanidad. Unos y otros van al mismo lugar; todos han salido del polvo y al polvo vuelven todos” (vv. 18-20). Qohelet responde: ¿Quién sabe? Tal vez el alma del hombre sigue viviendo de manera que pueda ser el sujeto de premio o de castigo: “¿Quién sabe si el hálito del hombre sube arriba y el de la bestia baja abajo, a la tierra?” (v. 21). La pervivencia está clara en el Antiguo Testamento y la afirma el propio autor en 12, 7. Sobre el carácter personal de la misma, la revelación anterior a Qohelet no era explícita. El sigue en la misma ignorancia, pero parece pensar en ella como posible solución.

Reconocemos en Steinmann una maravillosa erudición, una extraordinaria agudeza de análisis psicológico y un estilo chispeante y sugestivo. Pero nos permitimos poner en tela de juicio la conveniencia de presentar en obras para el gran público la problemática de un libro bíblico, sin tomarse siquiera la molestia de sugerir las vías de solución posibles.

S. MUÑOZ IGLESIAS.

---

(1) *El género literario del Ecclesiastés*, en «Estudios Bíblicos» 7 (1947) 369-406.